

Tres Ensayos sobre Fernando González

Por María Helena Uribe de Estrada

FERNANDO GONZALEZ, EL DE VIAJE A PIE

En los últimos años de su vida visitamos varias veces a Fernando González. Ir a su casa era entrar en un refugio donde se perdía la sensación de tiempo, de espacio, de gravitación. Era vivir el pensamiento puro, el amor puro, la esperanza pura. Salíamos reconfortados, seres nuevos, llenos de espíritu y de naturaleza.

Lo admiré desmesuradamente. Pero no lo supe hasta después de su muerte.

Mientras vivió, apenas si miré sus libros porque no sentí la necesidad. Me bastaba escuchar su conversación sabia e infatigable a la cual dedicó gran parte de su último tiempo. Ya, sin él, lo busqué entre sus libros para seguirlo escuchando, y allí encontré el alma del amigo, igualmente juguetona o trágica, siempre profunda y atrevida, fogosa y pura, como las múltiples expresiones de su rostro.

De repente, leí que había escrito: "A los grandes hombres no basta leerlos, hay que conocerlos".

Me detuve porque esta idea chocó contra mis experiencias: cuando he conocido a mis autores favoritos, siempre he recibido desilusión, pues no coinciden con la imagen que de ellos tenía. Lo mismo, en sentido contrario: cuando admiro la persona de un escritor, al leerlo, no encaja con las posibilidades que yo le había atribuído.

Pero tenía razón. En realidad no bastaba conocer a Fernando. Era necesario leerlo. Mi admiración por él se redobló con su lectura. Esto lo atribuyo a su autenticidad. El y sus libros son uno solo. Fue fiel a su verdad hasta en las contradicciones.

Su obra es el drama de la humanidad. Es Adán sucediéndose en el tiempo. Es la conciencia de un hombre en su grandeza inmensurable, a través de la cual aparecen todas las conciencias del mundo con sus tentaciones, sus lamentos, sus deseos infinitos de superación.

Fernando se entregó totalmente, sinceramente, al lector. Pero nadie ha podido definirlo. Hay un proverbio chino que dice: "El mejor escondite es el corazón del hombre". Así está Fernando: abierto y a la vez oculto. Yo tampoco pretendo desentrañarlo. Sólo quiero hablarles

de lo que he vivido a la sombra de sus palabras y de su recuerdo. Si algo hay interesante en lo que digo, pertenece a Fernando González. Lo ví en él, lo leí en él, me lo comunicó su espíritu.

Sus obras produjeron escándalo en los círculos sociales, políticos y religiosos; y a su alrededor se formó la leyenda del misántropo, el exéntrico, el incrédulo, el loco y "boquisucio" escritor de Envidado.

Algunos periódicos del país celebraron su muerte con frases abominables. Mientras tanto, a sus amigos nos cubrió el silencio sin que alcanzáramos a comprender cómo la desaparición de un solo hombre podía causarnos tanta soledad.

Conociendo su muerte, comprendí su vida y sus escritos. Las biografías dicen que alguien nació... y luego, que murió. Para mí, la historia de Fernando comienza al revés de todas las biografías. Fue un hombre que se formó a sí mismo con los elementos desorganizados que recibió de la naturaleza. Sus obras y sus actividades eran producto del volcán interno que lo consumía, lo atormentaba, lo dividía. Fue el caos que se hizo orden. Llegó a la unidad, a la paz, al amor:

Unión de su espíritu con su carne hacia un solo fin.

Paz consigo mismo y con sus semejantes.

Amor a la humanidad. Amor a la naturaleza.

Era una energía que pretendía abarcar toda la enegía del universo en su conciencia cósmica.

Y cuando murió, nació realmente, para mí, este Fernando González que habíamos amado y admirado. Deslumbrada por su realización humana, más que por cualquiera otra realización, me fuí en busca de su juventud.

Al leer los "Pensamientos de un Viejo", tuve la sensación de penetrar en un recinto sagrado. En el misterio. Allí estaban los años atormentados de Fernando, cuando se sentía perdido en la inmensidad del futuro, en la multiplicidad de los caminos, en la incapacidad de escoger más de uno, cada día. Y allí también, la duda terrible: "Qué sé yo, cuál de los muchos seres que hay en mí será mañana el más poderoso?"

Este libro lo empieza a los quince años. Desde entonces, agarra su alma, la abre, la desmenuza para analizar cada sentimiento hasta encontrar en él sus deseos más bajos, sus aspiraciones más sublimes. En ninguno ve pureza absoluta.

Niega la verdad. Niega la mentira. Lo único que acepta es su conciencia, esa voz interior que conversa con su propio "yo" y le da órdenes. Busca esa voz en el fondo de sí mismo: gota de agua, perdida en el mar de su conciencia; y su conciencia es un "cocuyo en la noche". Para encontrarla empieza a "desnudarse" aunque teme quedar anonadado, si sigue despojándose de las apariencias que lo cubren. "Este González se me va a desaparecer todo...", escribe.

¡Qué conciente estaba de su pequeñez! Y, sin embargo, rebelde y orgulloso, rechaza todo guía, todo vehículo que pueda ayudarle en su camino. Hace su viaje, a pié. El viaje de la vida que casi todos hacemos acompañados, temerosos, montados en vehículos cómodos y seguros, él lo emprende a pie, y solo. Aunque con miedo.

Se apeó de los primeros principios porque quería sentir y vivir. No aprender en libros que parten de dos premisas para sacar una conclusión. Al mismo Dios, desea sentirlo, allá en el fondo, donde terminan sus huesos y su sangre. Quiere verlo caminando sobre las cosas creadas. No aceptó lo sobrenatural sin haberlo vivido físicamente.

¿Cómo? Encontrándose. Concienciándose. Y, luego, expulsando su "yo" de sí mismo porque el "yo" es el único obstáculo que nos separa de Dios.

¡Argumentos extraños!, dirán ustedes. Pero no son míos. Sólo les hablo de lo que ví en Fernando González.

Se apeó de la familia. De la sociedad. De las tradiciones.

Enfrentado a su propio destino, escribe: "La vida es como un papel incoloro que no tuviese forma. De ese papel, cada hombre, por ser finito, recorta una figura... yo te aconsejo que no saques de ese papel el mismo muñeco que sacó tu abuelo".

Llama al amor y a la amistad, pero descubre que son diferentes los corazones y diferentes las palabras.

Al buscarse en los libros se encuentra al borde de todos los caminos. Lee mucho. Lee, pensando. Interrumpe para seguir pensando. Nunca logra libertarse de sus pensamientos. Resuelve que la razón es la tragedia del hombre. Se siente cansado a los dieciocho años, pero considera que "el cansancio antes del viaje es una tontería". Y acepta la vida. Intensamente. Quiere saborear todos los dolores, todos los gustos. Me pareció que las alegrías, las recibe de la naturaleza; y la angustia, cuando mira su paisaje interior.

Piensa que "la vida será (para él) un medio de llegar al conocimiento. Si ama, será para saber más... Si ríe, para saber más... Si llora, para saber más... Si sangra, para saber más, y más...".

Sin embargo, nada lo satisface porque no halla lo infinito que anhela, ni el reposo que necesita. Se imagina el más allá como un vagar eterno con el "perro de su yo", lo cual le parece un infierno.

Habla de los sueños y de la juventud como si fuera un viejo desilusionado. Vivió al revés. Su vejez fue la adolescencia... y siguió adelante hasta adquirir la simplicidad, la paz, la alegría, la pureza de un niño.

Entonces comprendí la idea que él expresaba con frecuencia: "Hay que escribir la angustia porque si no, nos quedamos con ella... y eso es el infierno".

Pero en la literatura actual hay mucha angustia, y casi nadie logra vencerla. Los libros de Fernando González son la aventura fantástica de un espíritu que alcanzó su propia liberación.

En "Los Pensamientos de un Viejo" está esbozado el itinerario de su vida. Habla de vanidad, vida solitaria, silencio, muerte, virtud, remordimiento. Interés por los problemas del hombre. Odio de sí mismo. Amor a sí mismo y a la vida terrena. La Nada. El Infinito. Unas veces humilde, otras orgulloso, escéptico y burlón, o lleno de esperanza.

Estas y otras, son constantes que se repiten a través de sus escritos en la misma medida en que deviene su conciencia.

Muchos nos hemos preguntado por qué no escribió más: 14 libros, y 17 entregas de la Revista Antioquia. Tenía todas las dotes ne-

cesarias a un escritor: imaginación, estilo, lógica desconcertante y original. Fuerza de expresión. Poder para describir paisajes, caracteres, fisionomías, con realismo descarnado. Pudo hacer lo que quisiera con su pluma. Pero no. Desde el principio advierte que casi todos los libros del mundo son producto de la vanidad. Sólo se debe publicar lo que diga algo importante para la especie humana, lo que ayude al desarrollo de la conciencia. Escribió siempre. Publicó lo esencial.

Sus libros parecen profesías de su continente y de su país. Empezó a gritar veinte años antes de la violencia. Pero no lo escucharon.

Su vida y su muerte están ahí descritas como si las estuviera viendo desde la juventud. ¿O es que un hombre puede realizarse a sí mismo en la medida de sus deseos? Desde 1929 anuncia su libro "El Padre Elías". "Ese es el espíritu en el cuerpo que anhelo", dice en 1930.

¿Cuál de sus libros me gustó más?, creo que quieren preguntarme. No sabría decirlo. Mientras leía uno, opinaba: éste es el mejor. Pero a medida que avanzaba, recordaba que el anterior tenía otros valores igualmente importantes. Entonces pensé que todos son un libro único y que los capítulos están separados, no por una página, sino por la experiencia de los años. Y ese libro que yo ví, podría llamarse: "Viaje a pie de un alma".

En su capítulo crucial "Viaje a pie", viaja su pensamiento mientras caminan sus piernas lejos de las ideas generales que importan las librerías y tienen estacionada a Colombia. Busca los paisajes de su tierra para absorber de ellos las ideas propias. Cada pueblo le sugiere algo distinto. Describe lo que ven sus ojos y lo que percibe su mente. Se queja de que sus familiares y amigos no comprendieron los motivos interiores de su viaje. Tampoco lo entendieron sus lectores.

Es una búsqueda. Un caminar hacia una meta. Como no encuentra ninguna que le interese, escribe: "Si todo es igual, por qué no adoptar la alegría? En eso consiste ser buenos, en alegrarnos". Descubre que para poseer la alegría, es preciso renunciar al deseo.

Habla del camino: "Camino es casi toda la vida del hombre; cuando está en él, sabe de dónde viene y para dónde va. Caminos son los códigos y las costumbres y las modas. El método es un camino. Cuando Jesucristo quiso manifestar su enorme importancia, dijo que "El era el Camino".

Pero en su "Viaje a pie" siente odio por la imitación, y "abandona el camino de los arrieros y de los agentes comerciales".

Cuando regresa, ya muy tarde, está "roto y hambriento". "El hambre y la desnudez son las consecuencias de abandonar el sendero. Amar y abandonar el camino ha sido toda nuestra vida. Pero siempre hemos vuelto. Es que vamos perdidos desde aquel año aciago de 1905 en que no pudimos encontrar el primer principio filosófico".

Al llegar a la posada, él y su compañero, Don Benjamín, encontraron un yanqui. Oyeron que decía a sus peones que el clero colombiano era una peste y que el país estaba en la barbarie. Cerca de ellos había un freno, lo cogieron por las riendas y dieron dos frenazos al mister en la cabeza, diciéndole: "Sólo nosotros, los católicos, podemos renegar de los curas. Sólo nosotros, los colombianos, podemos ha-

blar mal de los colombianos". Y siguieron su camino "con la duda de si habían o no matado al mister con el freno".

Sus palabras son símbolos, que como él, recorren los campos en todas las direcciones y en todos los sentidos. De ahí que los lectores veamos en sus escritos lo que cada uno tiene en su interior. O mejor dicho, lo que se permite ver. Es espejo de las almas porque recorrió exhaustivamente, sinceramente, con su sentimiento, su imaginación y su inteligencia, todos los estados anímicos, todas las dudas, todas las soluciones. Se manifiesta racionalista, librepensador, revolucionario, hedonista, evolucionista absoluto, cristiano, anticlerical. Y lo hace, en una forma tan real, que nos afirma en la conclusión de que vivió o padeció cada momento.

El amor y la muerte, la mujer y el cadáver, lo bello y lo feo, van siempre juntos en Fernando González.

Desnuda lo bueno hasta encontrar todo lo malo que allí se esconde. En el mal, halla el bien igualmente encerrado. El hombre es una mezcla de materia y de espíritu, y Fernando carga con lo suyo, aceptándolo como fardo inevitable. Carne y alma, unidas, constituyen al ser humano. Si se separan, el hombre se convierte en cadáver. Y Fernando lo sabe. No quiere ser cadáver vivo. Reniega del hombre sexo, y del hombre espíritu. Comprende que para subir a la montaña tiene que llevar su carne de la mano "así como la pelota de caucho necesita de la tierra para rebotar". Y ese es el carácter de su lenguaje, porque de las palabras y de las cosas más bajas, saca los pensamientos más sublimes.

Al pasar en tren por el Valle del Cauca, de regreso a su casa, lo describe hermosísimamente. En esta descripción aparece su deseo constante: "Es una perfecta armonía nuestro cuerpo en este ambiente. El espíritu se ha unificado con el cuerpo y con la tierra, todo es unidad, no hay contradicción en nosotros. Ni siquiera percibimos que la tierra es pesada! Tan grande es la armonía que desapareció hasta la conciencia, que no es otra cosa que la percepción de contradicciones y de rocas".

Esta unificación de cuerpo y espíritu, descrita al final de "Viaje a pie", se realiza definitivamente en el segundo tomo de "La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera". Otra vez se manifiesta profético.

En la última página de "Viaje a pie" acepta nuevamente su destino: "Eres, Señor, quien trasciende del verbo y del adjetivo, quien es negado cuando afirmado. Volveremos a Medellín a ser jueces, a juzgar lo que Tú no has juzgado, para ganar la subsistencia. Somos el animal que suda y que se hunde en el barro cuando Tu voz le llega...".

Las tres últimas palabras de este libro son "Nuestro Señor Jesucristo". Aunque haya viajado por todos los pueblos y todas las doctrinas.

Treinta y cinco años más tarde, la última página de su vida dirá: "Sólo quiero estar en El, pensar en El".

A través de su vida y de sus libros se manifiesta descontento de los gobiernos y de los partidos políticos existentes. Es enemigo de los sistemas que dominan y detienen al individuo. La familia, el Estado, la sociedad están hechos para su bienestar y desarrollo.

Se ríe de las leyes creadas por los hombres, sólo acepta las de la naturaleza.

Insulta a Suramérica en general y a Colombia en particular. En su incidente de la posada con el yanqui y el freno, comprendemos por qué lo hace. De Colombia, dice: "Mientras más descarriada, más la amo, insultándola". Esta es su manera de pedir a los hombres que se superen, que sean sinceros, que se amen. "Que no haya pueblos ni hombres oprimidos por otros. Que todos sean libres para llegar a expresarse cada vez mejor". Su ideal, es que en un futuro, la madurez del hombre haga innecesarias esas leyes que él voltea al derecho y al revés. Es un luchador incansable.

Insulta a cuanto elemento humano se le atraviesa. Insulta con nombre propio. Esta actitud no logro comprenderla. Es verdad que nadie está ahí tan desnudo como él. Pero él se inmoló a sí mismo, voluntariamente. En cambio, los otros, son víctimas contra su propia voluntad. Los dejó en ridículo, desnudos, indefensos, a muchos que ni siquiera eran hombres públicos.

Pero en fin. Es la época de su inconformidad total. Impulsivo. El mismo advierte que personifica los defectos y coge el nombre propio de quienes los poseen. Y luego, aclara: "No es a ellos a quienes insulto, sino al concepto pasional mío, nacido de mi convivencia con ellos".

Es su método de catarsis. De tanto apostrofar a otros, (o a sí mismo), llegó a ser todo amor. Vistos desde su muerte, se enderezan los renglones torcidos de sus escritos. Esta es su forma de apearse de la sociedad para seguir aún más solo su camino.

Buscarse para poseerse, poseerse para unificarse, es la prueba de que estaba dividido. Sus libros son un continuo diálogo con su conciencia, bajo los nombres de Juan de Dios, Juan Matías, Bolaños, Jacinto, Lucas de Ochoa, Fabricio, Padre Elías. Algunos son subdivisiones de su conciencia.

¿Cuál de todos fue más, él? En realidad cualquiera era más Fernando González que el mismo González que se robaba las libretas de sus "yoes" para publicarlas. El negociante, el publicista, el idiota y vanidoso González de quien abominan todos ellos.

"¡Pobre mi cuerpo que chilla como un niño!", exclama ante las exigencias de Jacinto.

La vida de Fernando es un ascenso, a pesar de que en algunos libros se observe cierto estancamiento, como en el "Hermafrodita Dormido" frente a la belleza de las estatuas en los museos de Roma, o aparezca derrotado como en "El Maestro de Escuela".

Es fácil comprenderlo hasta los 45 años. Todos estamos sumergidos en ese torbellino que él vive; en ese paisaje de barro y de sol, ampliamente descrito. Estamos dentro de sus coordenadas. Es decir, vibramos con él, sentimos con él, hasta que desilusionado por el fracaso, el vacío y la incomprensión de sus compatriotas, se entierra a sí mismo en "El Maestro de Escuela" dispuesto a "hacer lo que hacen otros: vender su mentira". "El Rey es mi Gallo", es su grito de entrega para lanzarse en busca de los bienes terrenos, abandonando el espíritu. El libro está firmado por **Ex-Lucas de Ochoa**. Lo cual significa: ¡Adiós conciencia!

Todos creíamos que había muerto definitivamente el escritor y el filósofo.

¿Y él? ¿Qué hace él?

Años después nos lo dice en "El Libro de los Viajes o de las Presencias": "No impúneamente se vive la soberbia de afirmar su vana persona, y mucho menos se puede enfrentarla al Espíritu! Fueron años de hundimiento y perdición y de allí me sacaron Zaqueo y mi hijo, porque hace años que me dí a llamarlos, a implorarles que vinieran en mi ayuda".

Este pasaje me conmovió. ¡Fernando González pidiendo ayuda! No lo podía creer. Y releí.

Efectivamente llamó a su hijo Ramiro, quien, al morir, en 1942, se convirtió en "su padre", y a Zaqueo "el hombrecito de mala vida que hacía diligencias para conocer de vista a Jesucristo".

Así fue como continuó el viaje. Su ánimo de lucha lo vuelca todo hacia adentro.

"El Padre Elías que mora en mí me ha citado para una montaña" escribió en 1930. Fiel a sí mismo, Fernando se dirige a su cita, sin que nadie recuerde ya esas tres o cuatro páginas de "Mi Simón Bolívar". ¿Cómo? Muriendo. Despojándose de su envoltura material y psicológica que le pesa. Cada día le pesa más.

"Hay que irse con poquito, para ser allá bien buenos mozos", nos dice una vez.

Cada día se va haciendo más liviano. Y es más fácil el ascenso. Mira hacia la juventud. Ahora la agilidad de aquel tiempo, pero considera que el joven es ignorante. Los años dan sabiduría. Disciplina y ejercicio físico, mental, espiritual, lo protegerán contra el anquilosamiento de la vejez. Esto le basta para seguir viviendo. Para seguir "muriendo" ágilmente.

Dice que el hombre se disfraza para que lo admiren. Para admirarse. Sus máscaras son vanidad y hay que arrojarlas todas para penetrar en la nada. Empresa larga y difícil. Interminable. "Vivir es ir desnudándose, dirigiendo la nada de uno. Buscar la nada, hacerse nada... ir sintiendo el terror y temblor de la infinita intimidad". Eso es Dios en él.

Hay que volver a ser niño para que la Vanidad no ocupe por siempre el lugar de la Intimidad. ¿Y por qué busca la Intimidad? Por la seguridad que es el sentimiento opuesto a la angustia. Buscar la Intimidad en todo, es lo que conduce nuestra representación hacia arriba. Es lo que llama su **presencia**. Así, que "la gran oportunidad de vivir, es morir íntegramente".

El viaje debe ser pasional, mental, espiritual, para llegar a la Intimidad. El criterio de saber que se llegó a la Intimidad es la reconciliación del Bien y el Mal.

"Por consiguiente, el hombre es un libertándose, un reconciliándose, un encadenado que va siempre liberto por el conocimiento vivo, pero que nunca será libertado porque ésta es categoría de la Intimidad".

"Cristo lo dijo claramente: La verdad os hará libres. Leed bien, os hará, en sucediendo; en presente, sólo Dios es libre, porque la pre-

sencia es su esencia. La Intimidad es libre. La manifestación (nosotros) se va libertando en la Intimidad". Y allí está **la presencia**, en presente. Y **la inteligencia**, de la cual nosotros somos "el entendimiento", en gerundio.

A esta conclusión llegó el hombre sediento de libertad.

Ya ve o presiente mundos tan hermosos y extraños que tiene la obligación de comunicárnoslos. Surge de nuevo el Maestro para hablarnos de sus vivencias. No puede evitarlo. Es su sueño de siempre: enseñar. Esta vez nos enseña a viajar por los mundos pasional, mental, espiritual. Es decir, atravesar el Bien y el Mal; entenderlos, hasta "llegar al éxtasis o coloquio encendido con la Intimidad presentida". Este es su "Libro de los Viajes o de las Presencias".

Cuando lo publicó, muchos dejaron de creer en él. Lo admiraban por beligerante, demoledor y rebelde. Pero no podemos fragmentarlo. La obra de Fernando González es una sola. Sus dos últimos libros son la culminación de su vida. De su pensamiento. De su espíritu.

¿Que no lo van a entender? Ya lo sabe. Por eso advierte: "Escribiré un librito que no se venda hoy; que no sea de ayer, ni de hoy... un librito que si lo abren los de hoy, crean que se les olvidó leer, que eso no dice nada...". Pero nadie pensó que habían olvidado leer. Afirmaron que a Fernando González se le había olvidado escribir. Y pensar.

Hay quienes consideran "locos" estos dos últimos libros. Hay quienes con más respeto, los llaman "extraños". Yo los califico de "difíciles", a pesar de la sencillez con que están escritos, porque el enredo no está en el autor, sino en nosotros, y no los comprenderemos mientras no vivamos lo que en ellos se dice. No se trata de un comprender mental, sino vital. Por el momento, somos viajeros en otras coordenadas.

En "La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera" deja de ser filósofo y escritor para convertirse en narrador de "inenarrables viajes", por que "Dios no es objeto de conocimiento conceptual o literario sino conocimiento vivo".

Allí, el Padre Elías se deshace de la sensualidad, representada en las manos de Martina la Velera, y en la voz sutilísima de una dentroderita. Se deshace de las cosas materiales, regalando su huerto, porque los conceptos "mío" y "tuyo" no están conciliados en la Intimidad, sino en las coordenadas que vivimos después del pecado original. Se deshace del "yo" personal por el morir: un tipo de suicidio que no es propiamente suicidio sino ese morir para que viva el hombre nuevo. Para que viva Cristo.

Una vez despojado de todo esto, vislumbra la inocencia del Paraíso en una niña: Dioselina. Nada la hiere porque el mal no está en las cosas sino en nosotros mismos. El mal es ausencia de la Presencia, y en el Paraíso se tenía directa comunicación con ella.

Es el retorno a la inocencia. No hay duda.

La noche de su muerte, el Padre Elías canta como un niño: "Gallinacito, vení, vení... por un viejito que tengo aquí...".

Al día siguiente, exclaman al verlo: "Miren qué pequeño... parece un viejito, y parece una viejita...".

Hasta de su sexo se despojó.

Sospechó de la nada, la buscó y la encontró. Lo demás era apariencias. Entonces se hizo **nada** para habitar el **todo**. En contraposición del existencialismo sartreano que es la **Nada** en la nada.

Recordemos una vez más, lo que escribió en 1930: "El Padre Elías es el hombre que quisiera ser... Deseo realizarlo en un libro para ayudar a su aparecimiento en mí".

Pero yo seguiré preguntándome: ¿Quién realizó a quién? ¿El Padre Elías a Fernando González? ¿Fernando González al Padre Elías?

Algunos dirán que me apoderé de Fernando González para interpretarlo a mi modo. Podría contestarles que fui yo quien se fundió en él. Yo soy la prisionera. Mis ideas quedaron desperdigadas entre sus libros. Pero no las voy a recoger. Su camino lleva al Silencio en **La Presencia** y es allí donde yo quiero ir.

EL CAMINO DEL AMOR EN FERNANDO GONZALEZ

Reunidos en torno a su vida y a su obra literaria permanecemos separados los unos de los otros frente a sus libros y frente a la vida misma de este ser multifacético. Cuando hablamos con distintas personas, podemos observar cómo cada una se aferra a **su** Fernando González. Nadie quiere que le maten el que conoció, amó o admiró. Algunos hasta se niegan a olvidar lo que en él odiaron. Así, en vida o en muerte, en muerte o en vida, según los diversos puntos de vista, Fernando sigue siendo el hombre de las controversias.

"Me he dedicado a viajar y convivir con todas las personalidades porque entendí que las tenía todas: del asesino, del cleptómano, del sacristán, del santón, del ladrón, del perseguido-perseguidor, del coleóptero, del chacal, del Gandhi y del Buda" ("Libro de los Viajes").

Si él lo acepta, no tenemos derecho a protestar ante las divergencias que suscita su personalidad. Recorrió exhaustivamente todos los momentos biológicos y espirituales a que está sometido un ser humano durante su existencia. Es imposible evitar que cada uno de nosotros se quede en el aspecto que más le conmueva.

Si acaso nos unen o nos separan algunas apreciaciones sobre temas de Fernando González, no es suya la culpa sino nuestra. Es decir: estamos en aquella etapa de su primer libro "Pensamientos de un Viejo", superada definitivamente por él en el curso de su vida. Todavía vivimos lo que él dice en una de sus páginas: "No digas palabras porque no podría entenderte a causa de mi limitación... y entonces nuestras almas se alejarían... El hombre no puede verse sino a sí mismo... En nuestro espíritu va la tristeza por ese límite, por esos contornos que nos definen, por estas afirmaciones que no nos permiten unificarnos en amor con el alma del amigo... Esta lejanía perpetua de las almas era la tristeza desconocida de Jesús...".

Así estamos nosotros: separados por una muralla de incompreensión mutua que tal vez algún día logremos derribar.

Respecto a Fernando, creo que si me leyera en este momento no le disgustaría que yo tome nuevamente sus palabras entre mis palabras. Y si hubiera escuchado o leído cuanta cosa se ha escrito y comentado sobre él desde su muerte, exclamaría con la misma suave sonrisa que dirigió a su esposa, a propósito de dos esculturas que le habían hecho muy diferentes entre sí por la forma y la expresión:

—¡Si éste también soy yo, Margarita! Uno tiene muchas caras...

Tal vez hoy y ayer y mañana, cuando se escriba o se hable sobre él, Fernando repetiría esta frase.

Es innegable que al leerlo buscamos nuestra propia alma. Así hizo él en su juventud. Escogía horas apropiadas, sitios románticos o severos según los pensamientos y doctrinas que saboreaba. En los "Pensamientos de un Viejo" escribe que no lee para encontrar verdades sino para llenarse de matices de vida. Con frecuencia siente hastío de los libros, "esos pequeños objetos que se contradicen unos a otros y que encierran las limitaciones inventadas por los hombres".

Le estorba todo límite. También le resulta duro verse sometido a las modificaciones de la vida; sin embargo, las acepta con rebeldía y sumisión. (Perdónenseme estos dos vocablos juntos, pero para hablar de Fernando González, es necesario viajar de extremo a extremo en cada frase).

Igualmente le hiere el cambiar de las cosas, el silencio y el oído en que se sumergen. Alegría, dolor, bueno, malo, todo se acaba. "Nada es".

"Hasta mi propio deseo me hace desear el silencio absoluto. Tienen razón los místicos: Todas estas cosas de la tierra hastían nuestro corazón y nos traen el anhelo de un no cambiar eterno".

Este anhelo que persiguió incansablemente hasta el fin la realización de sus ansias de infinito, es el aspecto de Fernando que más me sigue deslumbrando.

¿Que fue un gran escritor? Cualquiera que nazca con esta aptitud puede llegar a serlo si en ello pone su esfuerzo más o menos intenso, según sea pequeña o grande su aptitud. Otros se realizan como deportistas, como científicos, porque lo traen en sus células y en sus músculos aún no formados. Es cierto que todos tenemos en potencia nuestra realización humana, pero casi ninguno la alcanza porque es la que exige más encarnizada y espiritual batalla.

Fernando González escribió **viviendo** y **vivió** escribiendo porque cuanto hay en sus libros lo vivió en alguna forma: física, mental o espiritualmente. Y dicen que no fue filósofo. ¿Qué más quieren? ¿No comprenden que se encontró a sí mismo, que supo digerir sus vivencias, que dió a sus años un sabor propio, personal, rico en sabiduría y dominio de sí? Le tachan que no dejó doctrinas organizadas ni refutaciones a otros filósofos; pero sí encontramos en él la vida hecha filosofía, la filosofía hecha vida: con sencillez, espontáneamente. Escrita con sangre.

"El primer por qué de un niño nace de su primer dolor".

"En último término, la filosofía es el camino de la muerte".

Para él, a los 16 años, filosofía es "soñar". "Esa es mi diversión. Soñar mundos, filosofar, ¿pues qué otra cosa sino aquello es fi-

lososfar? Placer divino de crear mundos". Añade que el filósofo tiene que ser poeta para poder soportar el peso de las verdades y de las mentiras.

Estoy citando pedazos de "Pensamientos de un Viejo". Momentos de su adolescencia, cuando nos cuenta cómo siente que su infancia se hace girones mientras emprende el "viaje", y su dolor de abandonar la "vieja estancia de los abuelos" para seguir adelante por su propio camino y sin fin determinado, porque no acepta ninguno de los que se le ofrecen. Dice en la última página: "Se me ocurre que este libro no tiene finalidad alguna. Así como no he podido descubrir por qué nací yo, tampoco he podido descubrir por qué nació este libro... ¿Pero a dónde conduce este analizar?... A todas partes, es decir a ninguna... Al final del camino puedes reír o puedes llorar o puedes blasfemar. Es un camino que no lleva a punto determinado".

Y pensándolo bien, ¿quién sabe a dónde va un camino si no es porque lo averigua o porque lee las señales de las encrucijadas? Pero Fernando quiere andar solo, con la única compañía de sus ansias de amar en libertad y en sabiduría. Quiere ser su propio maestro.

Se siente un dioscito prisionero de una carne y de un espíritu. Se ama y se odia. Desea recorrer las ramificaciones del camino, pero sus pies solo pisan en una de ellas cada vez; su entendimiento solo capta una verdad en cada paso. Esta verdad se le convierte luego en mentira. Por eso la llama "su verdad, para que Pilatos no venga a preguntarle: ¿qué es la Verdad?".

Ese odio por la limitación de la vida y del pensamiento lo lleva a soñar todas las posibilidades, todas las doctrinas, "para libertarse de la esclavitud del ser".

"Siempre serás esclavo del capricho de cada instante. Si deseas vencer el capricho eres esclavo de ese deseo. Solo en la muerte se encuentra la absoluta libertad".

Pero también duda de la muerte y la analiza en la misma forma contradictoria con que consulta y acaricia la verdad y la mentira.

"El que sabe morir es porque no supo vivir". Y otras veces: "Quién sabe si es imposible morir". Esta idea de la muerte es una "pesadilla perpetua". Teme y alaba los tormentos eternos, el desaparecer, o el infinito vagar que en distintos momentos le atribuye al más allá.

Habla de la vejez como de una época decadente y derrotada. No quiere morir de rodillas y repite con Nietzsche que no debe hacerse caso de un pensador cuando empieza a envejecer. Entonces desea "una muerte violenta que no le dé tiempo para pensar que se va de la vida".

Al mismo tiempo, teme salir de la infancia "porque los años nos van haciendo malos, nos van quitando la inocencia".

Este libro es la adolescencia del hombre sincero que medita en las razones íntimas de su ser para explicarse la tristeza y la alegría de cada instante. Sin embargo, no huye de la alegría, no huye de la tristeza, sino que se detiene en ellas para exprimir las y saborearlas.

Cruzan por su camino los interrogantes e inquietudes que seguirán desenvolviéndose en todos sus libros. "El Remordimiento" por ejemplo, está allí esbozado, veinte años antes de ser escrito. También

aparecen los valores opuestos que lo obsesionarán siempre: el bien y el mal, la verdad y la mentira, la belleza y la fealdad, el yo y el tú, el espíritu y la carne. Contra ellos protesta cuando escribe: "¿Dónde está el paisaje de la indiferencia absoluta, en donde no florezcan los conceptos, las afirmaciones ni las negaciones? Oh tú, mujer de mi anhelo, que estás más allá de la belleza y de la fealdad!".

Trata de explicarse el mal: "No concibo que sea un hombre malo, ni he visto en mi vida una acción mala. Todo hombre y toda acción, cuando se miran bien, aparecen dignos de que uno se entristezca".

Le duele la ausencia del amor: "Todas las acciones son hechas con el único fin de hallar la felicidad. Ninguna debe ofendernos. Analiza y verás cómo todo aquello que creías ofensivo no lo era sino porque lo mirabas por el lado falso. Así, a medida que avanzas en la sabiduría es menor el número de tus odios y más grande tu compasión".

Siente la necesidad de objetivar el amor. La compasión es un paso hacia adelante. Pero cuando quiere acercarse a los hombres para gozar y padecer con ellos, descubre con amargura: "Lo único que posee el hombre es su ansia de amar...". Le parece que nunca podrá acercarse plenamente a los demás.

"Queremos tener a alguien cerca para amarlo... buscamos a otro ser a quién mirar para apartar los ojos de nuestro propio corazón...".

Pero "no puede verse sino a sí mismo". Entonces decide "despreciar a los hombres y despreciarse". Amará solamente lo que él quiere ser. Sus sueños.

Esta es la esencia de su actitud de protesta contra el comportamiento de sus semejantes y contra su propia humanidad. Detenerme en este punto sería atrancarme en un mero accidente, en la mitad de su largo camino. Algún día lo haré. Como estudio parcial. Así como también podría hablar del espíritu pedagógico que se respira en sus libros, o el artista del "Hermafrodita Dormido", o los panfletos de la "Revista Antioquia". Por el momento no puedo quedarme en sus gritos y acusaciones contra las lacras sociales porque considero que la solución del problema social está en el fondo más íntimo de cada miembro de la sociedad, en la interminable cadena de categorías: de mayor a menor, de fuerte a débil, de pobre a paupérrimo, siempre hay abusos. ¿Por qué? Porque no sabemos amar. Eso es todo.

Erich Fromm dice que el amor es un arte y que como cualquier otro arte se perfecciona por medio de la dedicación absoluta y el dominio de la teoría y de la práctica. Es decir: amando. No es cuestión de buscar un objeto ideal o determinado en el amor, ni dirigirlo a un pequeño grupo de personas (familia, amigos). Consiste en desarrollar la capacidad de amor. Alcanzada la madurez, no podríamos evitar el amar a todas las criaturas sin excepción. Esta es la principal urgencia del hombre: atravesar la cárcel de su soledad. Si fracasa lo habrá perdido todo.

Hoy quiero referirme a ese amor que dio a Fernando González la razón exacta de su existencia, apaciguó su espíritu, vigorizó su vejez, le hizo recobrar "la inocencia perdida de la infancia" en "el Ojo Simple del Paraíso".

No sé cómo llegó a ese amor, pero sí podría seguir copiando párrafos y párrafos a través de sus libros. No hay tiempo ni espacio. Lo que él alcanzó en más de seis mil páginas y durante sesenta y nueve años no puedo yo lograrlo en estas pocas líneas, desde la mitad de mi propio camino.

Solo sé, porque lo leí, que siempre persiguió el amor. Que en cada mujer "busca un tesoro escondido". Que desde su adolescencia "ansía confundirse con el aire, con el agua, con la brisa, en una palabra ser todas las cosas". Desea "unificarse con el hombre en absoluta sinceridad... pues la mentira separa las almas".

Medita, se forja sueños de superación "a la sombra de su árbol freñoso", árbol que lo acompañará en todos sus escritos, árbol exhuberante de sus deseos, de su fuerza, de su generosidad. Esta generosidad lo lleva a tachar de pequeño al santo porque todavía ve en él mucho egoísmo, al hacerse "humilde para ser grande, pobre para poseerlo todo".

El amor y el egoísmo lo aprisionan en un círculo vicioso. De aquí arranca su existencia que se va desenvolviendo como una larga o corta frase pronunciada en el transcurso de sus años. Teje amor lentamente, incomprensiblemente. Cada hilo, cada palabra, forma parte esencial de la misma obra. Muchos hilos que se vuelven una sola tela, muchos matices que forman un solo color. El hombre contradictorio, el hombre de las caras múltiples, se hace indivisible en su pensamiento y en su realización frente a la "intimidad" que encuentra dentro de sí mismo después de recorrer el mundo "a pie", en su búsqueda. La encuentra al desnudarse para hacerse nada, porque la nada es lo único que se deja penetrar: porque un vacío se llena, recibe, da su espacio. Amando su propia nada llega al amor de los otros seres y desaparece el límite que lo separa de ellos.

Hasta aquí llega en "El Libro de los Viajes o de las Presencias", y en "La Tragicomedia del Padre Elías" (o "el hombre que siempre quiso ser") donde al hablar de la "Intimidad" o sea Cristo en él, nos escribe: "No lo busques ni en este libro ni en ningún otro. Lo hallarás en tí mismo. El es lo más cercano de tí, lector; es más cercano que tu yo. Pero es lo más lejano de tí, a causa de tu yo. Búscalo, muriendo...".

Sus páginas inéditas de 1963 son aún más vivenciales que los dos últimos libros.

Muchos interrogantes de "Pensamientos de un Viejo" se despejan definitivamente. El temor a la muerte, esa "pesadilla constante", era "ausencia de La Presencia" (La Presencia es Dios, a la cual llega por medio de su Intimidad, es decir por la medida humana de Cristo).

El paisaje sin contrastes ni conceptos que busca desde su juventud es el paisaje que deseaba contemplar por medio del Ojo simple. Y pide a Dios "que a cambio de los dos ojos me dé ver con el Ojo simple, pues en este mundo hay amor y odio, verdad y mentira, negro y blanco, todo es doble como dobles son los ojos humanos. No me lleves todavía porque todavía sé cuándo estoy desnudo y cuándo vestido; todavía me da pena estar desnudo o ser nada; no me lleves porque sería aborto... déjame nacer a tiempo cuando el cadáver casi no se distinga de mí; cuando haya glorificado contigo mi cadáver...".

Se le aclara el misterio de la separación de los hombres entre sí. También es ausencia de la **Presencia**:

"Me vine a la salita a escribir y mirar eso en mi **Intimidad**, mirándome bien, y veo que realmente pienso de seguido en mi felicidad, en... mi dios; realmente vivo pensando en **Mi Dios** como mi propiedad. Estoy muy verde; no vivo aún aquello de **Renuncia a tí mismo y sígueme**; soy aún yo y "los otros...". Se siente en este momento egoísmo, puro egoísmo. ¿Qué hay en este enredo? Será que mientras vivamos siempre habrá este "mío", "yo", "tú"?"

Sobre esta idea vuelve más adelante: "Acabo de ver con el **Ojo simple**. Es porque **El Padre, el Hijo y la Llama** no son mi Dios, ni tu Dios sino **Nuestro Dios**. Y aquello de amar al prójimo como a uno mismo carece de sentido sino vivimos que el prójimo es uno mismo. Hoy viví nada menos que El es nuestro Dios, que El no tiene hijos preferidos... que eso de buscarlo en soledad, lejos de "la plebe", etc. es orgullo: que somos uno solo con el Hijo de Dios".

Yo pregunto si no es éste el meollo del conflicto social. Los cristianos no hemos sido dignos de tal nombre. Somos los hijos despreciados del Amor.

"A todo prójimo, al iniciar la convivencia o camino del amor con él, hay que interrogarlo así: ¡Oye! Mira en tu yo, dime: ...Cómo ves en él a Cristo? Y conteste lo que contestare, amarlo con ropita y todo, pero al Cristo en él, a la Intimidad de él en esa ropita y ojos y orejas. Si pensare del Cristo así: Es un soñador, un idealista, etc., lo mismo da. No enojarse e insultarlo e invalidarlo, como se ha venido haciendo. Amarlo y caminar con él... pues el Cristo siempre está naciendo en todos, aún en los que responden: "¿Cristo? No me importa". No hay lugar en que no esté naciendo Cristo. **Amar es, pues, amar a "ateos", a "rameras", a "señoras", a muchachas y a viejas, a ricos y pobres sin excepción, por su Intimidad que siempre amaga. En la negación, amaga. No hay criatura en quien no esté vivo el Cristo redimiéndola, pues El es la Vida y todo lo que vive, vive por El, en El, y para El. El que desprecia, insulta y odia, es a Cristo a quien desprecia insulta u odia. ¡Esta es la Ciencia Amorosa!**"

"El que se sienta rico y poderoso, atisbe La Intimidad, y poco a poco desaparecerán de él las vivencias de rico, sano, enfermo, poderoso y débil porque sólo la Inteligencia (La Presencia) es la Realidad. Sólo en la Intimidad hay paz".

Podríamos extendernos indefinidamente. No hay tiempo de transcribir cómo, en su Ciencia Amorosa, los hombres van llegando a la unidad absoluta en la Intimidad, sin dejar de ser cada uno "yo, yo, yo..."; ni de ver cómo se van desarrollando sus pensamientos no "por medio de un razonamiento espacio-temporal", sino como él mismo dice "por intuición y ojo de la inteligencia".

Y todos son puntos en una larga línea que empezó a trazar desde su juventud. No podemos fragmentarlo, no podemos detenernos en un solo grupo de puntos, o en un recodo... "Yo no he cambiado de objetivo: desde niño u óvulo atisbo la juventud eterna y la busco y rebusco en caños, albañales, cuevas, muchachas y viejos. Desde niño me definí o conocí como al que atisba a Dios desde su letrina; por eso,

para cumplir la misión, nací en mí, una letrina... Yo no soy converso, me repugnan los convertidos: para dónde se convierte uno? Uno, hombre, es cagajón que flota en **El Océano de la Vida**. Por eso dijo Pablo, patrono de los viajeros: en la **Vida** somos, nos movemos y vivimos”.

Su capacidad de amar, libertada de su yo, se vuelve incontenible, y goza de ese Amor con la misma intensidad que manifiesta en cada uno de sus momentos y escritos anteriores. Su expresión sigue siendo profunda, juguetona y atrevida como cuando “Los Negroides” y “Viaje a Pie”. Parece una teología existencial en la que quiere levantar todo el barro de sus pies hasta la altura de su pensamiento.

“Los amantes de Cristo a veces somos hasta muy indecentes en el lenguaje... ¡como no tenemos otro! Como somos juncos sembrados en el humus y que se elevan para echar la florecita...”.

Al terminar la lectura de estas páginas, recordé lo que había escrito en “El Libro de los Viajes o de las Presencias”:

“Todos mis actos tienen el sello mío. La vida mía soy yo sucedido en el mundo y la del mundo es el sucedido en mí. Cada uno tiene su agonía. Esta sí es netamente individual. Nadie puede robarse la agonía ajena, ni uno mismo puede robarse su agonía. La agonía es el arribo, por bien y por mal, ante la Intimidad desnuda”.

Y sentí una soledad muy grande por no haberle preguntado muchas cosas acerca de su camino. Todos esos espacios en blanco y los silencios que separan sus palabras. Y la tristeza de no poder robarme esa Agonía.

Sin proponérmelo, he dado un salto enorme entre los primeros pasos y los últimos de su vida. Inconscientemente supe que, aunque quisiera, no podría delinear claramente ese **Camino del Amor** que se cierra ante quienes no quieren vivirlo; los nuevos paisajes que contempla Fernando González permanecen ocultos para quien no los lleva en el deseo. Es un proceso personal del cual, repito, él mismo dice: “No lo busques ni en este libro ni en ningún otro...”.

“OTRAPARTE”

“Reconstruir la vida de un personaje es tanta pretensión como creerse capaz de hacer seres humanos”.

Sentí un impacto en esta mente mía que ya pensaba hablar sobre él. Pero seguí leyendo. Otra frase de “Mi Simón Bolívar” me tranquilizó: “El hombre lo es todo: en la conciencia está todo el universo”.

En la conciencia está todo el universo, me repetí a mí misma; y en el universo de un hombre, ¿no podrán dos conciencias encontrarse y conversar? Mi idea no era reconstruirlo sino seguir sus pasos desde mi propio espíritu.

En este plan escribí y hablé una vez. Dos veces. Ahora me han pedido que lo haga nuevamente. Acepté gustosa porque siempre he estado resuelta a hacerlo conocer de todo el que aún se empeña en ignorarlo. Pero ya sentada frente a la máquina, se negaron mis fuerzas

a pensar en él. No quería permitir que su conciencia poderosa me absorbiera como en las otras ocasiones. El amigo que a través de sus libros se me convirtió en maestro, ya había vuelto a ser el amigo. La cumbre que alcanzó su vida y hacia la cual me dirigí con entusiasmo, hoy se me hace larga, pesada, inaccesible. Esa conciencia que me había tomado de la mano con sus palabras me parece ahora una estrella lejana de luces fugaces y permanentes, o un cometa cuyos chorros de luz se pierden en el espacio.

Es un tormento volver a tratar con este hombre. Su realización humana hace más palpable la derrota propia.

—Por eso te detestan en Colombia. Por eso te rechazo hoy —dije al vacío.

—Lee. Escúchame.

Era una voz, estoy segura. Pero no era la suya. Su voz ya no son más que palabras de sus libros. Y sus palabras, silencio en mi silencio.

Ese día no leí. No lo escuché.

Pero se agota el tiempo y debo cumplir el compromiso con Fernando González, conmigo misma.

Entonces leí. Conversamos nuevamente porque sus libros son monólogo y diálogo a un mismo tiempo. Volví otra vez a sumergirme en su grandeza y en su profundidad. Ayer sí lo escuché.

Sin embargo, lo que opino de él ya está escrito. No soy inagotable.

—Pero yo sí lo soy... —me pareció que dijo. “Coge ahora tu bordón y vamos a trepar a aquella alta montaña para contemplar desde allí el pueblo, recordar el pasado y analizar tus lloriqueos... Es necesario endurecerte más y más, pobre corazón loco...” (“Pensamientos de un Viejo”).

—En este caso, mi bordón son tus libros. Y estoy atemorizada. ¿Sabes que me han llamado tendenciosa por las ideas que expresé sobre tí? Se me reveló una nueva acepción de esa palabra. Pero de todos modos sigo viendo en tus escritos a un hombre en su carrera agónica hacia Dios.

—“La visión que los amigos tienen de tí está coloreada por su amor, y la de los enemigos por su odio. Nadie puede conocerte. **La imagen que un hombre se forma de otro es un sueño creado por sus instintos.** Y tú mismo tampoco puedes conocerte: Uno se conoce por sus actos, es decir por el pasado. Así, yo, al estudiarme, juzgo a otro Fernando distinto, puesto que ahora tengo pasiones diferentes. De todos modos mi alma ha variado. Mira, pues, cómo hasta la visión que uno tiene de sí mismo es un sueño. Me represento un otro Fernando y su imagen resulta un sueño coloreado por las pasiones del hombre de ahora...” (“Pensamientos de un Viejo”).

—Yo sólo veo al místico en embrión, al místico frustrado en sus cuarenta años y al místico que luego vive el milagro de la “eterna juventud”.

—“No me definas. Nada más ocioso. Tú sabes que yo no amo ninguna idea ni modo alguno de ser”.

—No, amigo, no te definiré, aunque esa orden no sea para mí sino para Juan Matías, hace más de cincuenta años. No te definiré puesto que aún no has muerto. Y vivirás entre nosotros mientras existan estos libros. Tú ya no cambias. Ya eres, ya encontraste lo que tu búsqueda angustiosa te llevó a poseer. Pero aquí seguimos los colombianos en la misma situación de hace medio siglo frente a nuestro país, frente a tus libros, frente a nosotros mismos. Desconcertados, divididos, buscando sin hallar, perdidos en el caos del pasado, del presente y del futuro que nos asedian como puntos cardinales de horizontes desconocidos. Tú recorriste un camino, el tuyo, pero nadie puede seguir tus pasos. De ahí que a pesar de leerte, casi nadie reconoce que llegaste a una meta, porque son ellos quienes tienen que andar su propia senda. La tuya es una guía indescifrable a pesar de su claridad, pero el tumulto está en la mente de quienes te leen. No nos hablan tus palabras ni tus actos. No nos sirve tu experiencia. Cada uno debe vivir su propia vida.

—“Destripa en vivencias los conceptos y juicios. Eso es desnudarse para comenzar el viaje, o si no, bien puedes haber estudiado cien años filosofía conceptual, y morirás sin haber nacido” (“Libro de los Viajes o de las Presencias”). “Es un error imitar... Lo único hermoso es la manifestación que brota de la esencia vital de cada uno. Hay que aprender a dominarse, a ser uno mismo, a sacar el mejor partido de su propio modo. Nuestra única posible grandeza y belleza está en el cultivo constante de nuestras facultades y características” (“Viaje a Pie”).

—Esto es lo terrible de encontrarnos frente a frente con tus páginas, una tras otra. El adolescente viejo que rejuveneció en la senectud. El hombre que vio el amanecer en la noche de su muerte. Enigma y evidencia. Amado y escarnecido. Repudiado por sus compatriotas porque en aquella época en la que todos renegaban calladamente, hiciste públicas tus protestas. Porque mientras tus contemporáneos se reunían en corrillos de café, tú escribías y publicabas. Fuiste el silencio de los otros hecho palabra indeleble. A veces jugueteón, a veces trágico, siempre profundo y atrevido, fogoso y puro como los ojos que te reflejaban: en ascenso permanente. El profeta cumple su misión o se lo traga la ballena. La suerte del profeta es el martirio, pero tu martirio fue la soledad y la incomprensión para realizar más eficazmente tu destino. Así tenía que ser. ¿Recuerdas lo que dijiste en los “Pensamientos de un Viejo”? “Pobres esos vanidosos que creyeron fácilmente en sí mismos, el día en que los aclamó una muchedumbre estúpida!”.

—¿Eso dije?

—Sí. Y aquello otro: “El escritor que consigue un público corre el peligro de morir aplastado por el peso de sus admiradores. El público lo limita. Ya no piensa sino en ser admirado y solamente aquello que pueda gustar a sus discípulos. Es preciso huir a tiempo del placer de mirar por encima de todas las cabezas”. Perdona que te cite. Lo mismo me sucede cuando escribo sobre tí. Sólo me interesan tus comillas. Es como cuando estabas con nosotros: escuchábamos. Poco teníamos para añadir a tu sabiduría.

—“La humanidad se agarra desesperadamente a sus grandes hombres; les compone sus vidas con leyendas; corrige sus actos, los pule, pues los grandes hombres fueron en realidad seres vulgares el no-

venta y ocho por ciento de sus vidas. Apenas muere uno que haya logrado pensar, sentir y obrar, lo coge la humanidad y perfecciona su imagen. ¡Qué sería del hombre si no fuera por estos semidioses que lo sugestionan y lo obligan por momentos a inhibir, no los instintos de la fiera, sino del animal sucio que es!" ("Viaje a Pie").

—Eso dicen en Bogotá: que hemos convertido a Fernando González en un mito.

No me contestó.

Entonces me senté a leer para caminar con él algunos trechos de su "Viaje a Pie". No lo definiré. Sólo quiero seguirlo desde el rincón de mi propio espacio tiempo, lejano y diferente al suyo, y sin embargo tan cerca de mis pensamientos.

Si acaso se me escapan afirmaciones sobre este ser incomprendible, es porque no puedo escaparme de mí misma.

En "Viaje a Pie" está Fernando González en toda su plenitud. Orgullosa y rebelde. Sumisa y humilde. Desde este libro se percibe el pasado: es consecuencia lógica de quien ya escribió "Los Pensamientos de un Viejo" y su "Tesis". También se vislumbra el futuro, pero sólo desde este presente que ya lo convirtió en pasado. En aquel tiempo condenaron el libro por irreverente. Y es que Fernando González se condenaba escribiendo. Menos mal que los cuerpos y las almas no son libros abiertos como "Viaje a Pie"; por eso los colombianos siguieron tranquilos su vida pura y ejemplar, criticando a quien había hecho públicos los balbuceos, las tentaciones, las miserias de todos los "Adanes", pero con una ansia de superación, que esa sí, no captaron. Ya lo presentía él cuando en la última página escribe a su esposa que ella será la única persona capaz de comprender la finalidad de su viaje; de su intenso amor por la tierra colombiana, por el Simón Bolívar solitario de Santa Marta: "Para tí es este libro; tú sabes qué piensa el autor de Nuestro Señor Jesucristo".

Fernando González fue un rebelde tenaz. Amaba la rebeldía de los otros porque en ella veía todas las posibilidades de sus propias realizaciones. Cuando leo a algún hombre sumido en el caos de sus búsquedas, lo admiro y lo contemplo desde lejos. Este puede llegar a ser un Fernando González, me digo. Pero poco a poco descubro que surgen en él ambiciones estrechas y la necesidad de deslumbrar a sus lectores; porque ser original sin extravagancias es difícil. La sed de exhibicionismo mata a un escritor, como puede también destruirlo el temor de sorprender con exceso.

Aquí está el viajero físico e intelectual en todas sus potencias juveniles; y el futuro viajero del espíritu que continuamente está clamando por la perfección.

Es la síntesis de su vida, es el capítulo crucial del drama existencial que presenciamos.

¿Cómo no ver al "Padre Elías" en el caminante que dice: "La vida es una unidad: si aislamos un hecho psíquico, lo desnaturalizamos; la vida no es fragmentaria".

Para él, cualquier emoción "es la cresta de una de las olas del mar interior. En éste, todo es uno, no se puede concebir una parte sin el todo".

La obsesión de Fernando González es el devenir de la conciencia, sea cual sea la hora física, mental, espiritual, que mueve sus mareas hacia afuera o hacia adentro. En él todo se une para un fin. Su sensualidad está al servicio de su vida y del pensamiento. Su espíritu destructor de dioses anacrónicos y deformados; de actuaciones viciadas; de imitaciones falsas y postizas dentro del medio ambiente, va inclinando a la necesidad de superación propia y ajena. Sus palabras lo explican:

“La vida puede definirse así: Movimiento en busca del placer. Movimiento en busca de lo que nos hace falta; es la tendencia de lo imperfecto hacia lo perfecto. Aquí llegamos a tener una vislumbre de Dios. Por cualquier punto por donde comencemos a filosofar se llega a donde se perciben luces de una unidad que alumbra como lejano sol; emanaciones de unidad perfecta” (“Viaje a Pie”).

Y como el insecto que vuela hacia la llama, y se aleja y vuelve, o se pierde en los pliegues de una cortina, y sale otra vez hacia la luz, hasta que desaparece en la oscuridad o definitivamente muere en la llama, así en la vida de Fernando González: “Un cuarto solitario y desconocido. El joven se imagina tantas cosas en él. “Todo es posible y todo es mío...”. “Puedo ser como...”. “Puedo llegar a ser...”. Y a medida que van pasando los días un ¡tonto como todo lo que me ha sucedido! reemplaza a las antiguas ilusiones” (“Pensamientos de un Viejo”).

“¿Cómo definir la vida? Un anhelar perpetuo, y un gran desconsuelo de toda realidad”.

Desea la llama, pero no quemarse en ella. Al abrir los ojos ve que todo es amor y muerte. No quiere morir porque ama sus venas palpitantes, ama las emociones, ama su “yo” vanidoso e intrincado. Se apega a su “yo”, se niega a despojarse de él. No desea “morir de rodillas”.

“Subiendo a pie la vertiente del Arma tuvimos la impresión nítida de la dureza y pesadez que nos atrae hacia la tierra. ¡Qué dificultad para elevarse! Somos hijos de la tierra y sus parásitos; nos liga a ella, como un cordón umbilical, la ley de la gravedad. Por momentos nos parece abandonar todo lo terrestre y después caemos más definitivamente abrazados a su seno materno... Esta esfera dura es nuestra cuna y nuestro sepulcro. ¿Por qué el Santo y el Héroe? Es un indicio de que hay en nosotros algo que no es terrestre. Ese leve indicio ha creado la metafísica y el misticismo” (“Viaje a Pie”).

Título exacto: “Viaje a Pie” entre el lodo que pisa y la vegetación exuberante de su juventud. El “Libro de los Viajes o de las Presencias” es ya el hombre que vuela en la gracia y en el espíritu.

“Somos sensibilidad que se perfecciona. El sentido del tacto es reza de nuestras glándulas de treinta años. Quizás en la vejez no quede sino el metafísico. Pero ahora somos amantes aficionados a la filosofía. Somos en un noventa y nueve por ciento amantes, y el resto filósofos, pero filósofos del amor. ¡Qué estúpidos e insinceros estos enormes libros, casi siempre en latín, que tratan de la vida, de la esencia de las cosas y no citan el amor! ¿Estos filósofos serios no sabían que la más pura elación espiritual es amor, ya sea religiosa, artística? Se ha creído que el amor es únicamente el amor sexual; pero en verdad esa es la materia bruta de todo lo hermoso y grande”.

“Somos sensibilidad que ese perfecciona. El sentido del tacto es todo en nosotros; la masa nerviosa se ramifica, como inmensa raigambre, a través de la carne y termina en la piel; a ésta llegan los conductores de la sensación y los de la emoción; tacto con los nervios óptico, auditivo, olfatorio... especializaciones del tacto en devenir son la intuición, la adivinación, la telepatía... Y todo esto está cubierto por la epidermis. Ella es el vestido de tu divino cuerpo, más agradable que el vestido de los lirios...”

“La mano toca e investiga; el resto del cuerpo siente, recibe. La mano es activa, se prolonga para tocar, se adelanta a recorrer los objetos palpables, acariciándolos con esos dedos cuya envoltura es toda sensibilidad. Y sobre todo la mano tiene ese dedo pulgar que puede dirigirse en todos sentidos, que abraza los objetos y los aprieta contra la palma y contra los otros dedos para saborear mejor”.

“El resto de la piel es femenino, pasivo, en la sensibilidad. En esta mañana de sol nuestra piel abre los poros a la caricia del padre de la vida y tiembla de sensualidad. Sí; es completamente mujer esta sensibilidad de la piel”.

Aquí está en este libro el artista del “Hermafrodita Dormido” que para disfrutar la belleza de las estatuas griegas siente la necesidad de tocarlas al escondido del guardia. El caminante, se sienta en un recodo de su vida, y extasiado ante el arte del hombre olvida las maravillas del Creador. Olvida por un momento que en “Viaje a Pie” escribió:

“El movimiento de la vida moderna es desvanecedor: ahí, lo más difícil es conservar la tranquilidad del alma, la unidad de fin y la organización de medios. A cada instante se presentan infinidad de imágenes deseables, ... **La voluntad es tentada a cada segundo**... En este correr apresurado de los segundos, nosotros, el hombre fiero, tenemos como primer mandamiento la **Contención**”.

Lo vemos recorrer la vida con su morral de amor y de odio, miedo y valor, cansancio y fuerza. Deseo de madurar para poseerse a sí mismo. Terror de envejecer porque se le petrificarán los huesos y las ideas. Por eso viaja a pie, para conservar su salud, la libertad juvenil. Descubrir su ritmo y ajustarse a él.

Tal vez por esa época ha escrito en sus libretas lo que aparece un año más tarde en “Mi Simón Bolívar”:

“Todo ideal tiende a realizarse...”.

“La atención es la dedicación de los sentidos y de las actividades intelectuales a un tema u objeto...”.

“Se puede crear el arte de rehacerse uno mismo”.

“El arte de ser hombre de voluntad consiste en mantener el interés en el fin”.

“No dejar extinguir el deseo de lo que nos propusimos ser”.

En “Viaje a Pie” Fernando se dirige a un sitio determinado. ¿Cuál? No está muy claro para el lector, porque muchas veces “al salirse del camino” voluntariamente, parece perder el rumbo. Tal vez lo pierda en realidad, pero sólo por momentos. “Amar y abandonar el camino ha sido siempre nuestra vida”.

Recorrió pueblos de Antioquia, valles, montañas, en busca de una idea que fuera suya, sólo suya, siquiera durante algunos segundos.

Salió de la ciudad para escaparse de las ideas generales que tenían invadida a Colombia.

“Aquí no hay ideas propias. Colombia es el comunismo ideológico”.

Es su propio país el que recorre para encontrarse a sí mismo, en su idea fija de un nacionalismo ideal.

Cada pueblo le sugiere una distinta noción de la vida. Los paisajes se objetivan en su mente. Las flores, los racimos, la gente que pasa. Las mujeres. Los entierros.

Se pone eufórico, sentimental o trascendente según las circunstancias o el escenario, en busca continua de una razón para esta existencia extraña que vibra en él sin que pueda evitarlo; un motivo para su energía, una explicación lógica a sus ansias de amar.

“La perspectiva del amor es el encanto del viajero, el encanto de todo lo que vive, la ilusión de todo lo que existe, desde el átomo hasta Dios. ¿Qué importa el objeto? Es una disculpa para poder amar”.

Explica que se sale del camino porque aunque éste haga adelantar, también es un obstáculo. Y habla de los hombres que abandonaron el camino, de los que no se limitaron.

Viaja mentalmente por muchas doctrinas, atraviesa el origen humano, el bien y el mal, la evolución del universo y de este animal hombre todavía tan imperfecto.

“El pensamiento es un lujo aún, una función novísima del reino animal. Cuando nuestros conciudadanos, por ejemplo, se ponen a pensar, producen un sonido de cerrojo oxidado”.

“Quien se haya dado a pensar (y en ochenta años pensará a lo sumo cuatro), termina en una constante cefalalgia... Las funciones verdaderas del hombre, tales como respirar y caminar, mientras más ejercidas, mejor. ¡Pero pensar! No se puede pensar después de comer...”.

“... Y qué hermoso será el hombre del futuro, el que pensará naturalmente, el que no tendrá que adoptar para ello la posición de esfuerzo de la escultura de Rodín”.

“Hacia qué forma definitiva tiende la fuerza vital en el homo sapiens? Misterio... Un cangrejo es la perfección formal de su vis vitae. Pero nosotros tenemos funciones en desarrollo y somos el primer modelo de una futura máquina. Todo en nosotros se enreda y contradice. Adoramos a Dios y queremos al Diablo; cantamos al espíritu y espiritualizamos la carne; lloramos y reímos y no sabemos hacia dónde vamos”.

Fernando González destruye y construye su hombre ideal, su mundo ideal, su país ideal. Viaja con los pies y con la mente. Le dolerían al regreso, como dice que duele la cabeza. Escribe y se sumerge en las profundidades de sus pensamientos y a ratos sale a flote y descansa con sus rasgos de humor y de sarcasmo.

Otras veces ve nacer a Dios y habla de cómo la inteligencia en su afán de especializarse, desprende los conceptos de Bien y de Mal y los convierte en Dios y en Diablo. Explica el nacimiento de la Religión Mosaica, el Dios castigador de los judíos que luego viene a ser Cristo resucitado, según va madurando la mente de los hombres. Según van despertando las almas al amor.

Es el racionalista que tanto vemos en la ciencia moderna, cuando explica la existencia de Dios como un proceso histórico de la vida psicológica del ser humano. En la infancia primera es la madre, en la prehistoria es la madre-tierra, y luego para el niño aparece el padre severo, cuya imagen se funde poco a poco a la de madre amante y desinteresada, hasta convertirse para el hombre en conciencia personal. Ya no le es necesario el concepto de Dios, porque con su madurez y con su inteligencia se basta a sí mismo y ya no necesita del padre ni de la madre.

Hace un parangón entre Jesucristo y Sócrates:

“¿Qué escritor es comparable a esos dos que nada escribieron y que dominan la humanidad como dos infinitos invariables?”

El destructor de dioses y de semidioses persigue incansablemente a los santos y a los héroes: “Siddharth Gautama-Buda, Simón Bolívar, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola y a todos cuantos han logrado “concienciarse”, echar raíces a través del universo para captar más y más, hasta llegar a las cercanías de un foco, cuyo nombre le está vedado pronunciar, pero que es meta, y convierte esta vida en camino...”

Ya en las últimas páginas del libro de sus 34 años, podemos encontrar al hombre de sesenta, cuando en los últimos años de su vida renuncia a la filosofía, al pensamiento puro, porque en su intimidad, en el fondo de su “yo” ha encontrado al Inefable, al que está más allá de las palabras.

Quién no reconoce al Padre Elías en el caminante que escribe:

“Cada ciencia es una reunión de hechos dispersos. El vitalismo, el quimismo, el finalismo, todo lo trascendental es hipótesis... hipótesis propias para dirigir el ojo miope del sabio, pero nada más”.

“¿Qué influencia social puede tener este sabio que sólo trae la duda? ¿Qué influencia puede tener sobre el moribundo?”

“¿Cómo desprecia el Santo a la ciencia!”. “Yo soy la Verdad”.

“Yo te absuelvo, hijo mío”. El sacerdote, sin esfuerzo alguno, sin haber tenido que investigar, afirma cuál sea la causa de las causas; de vez en cuando, más bien por adorno oratorio, enumera algunos hechos comprobados por la ciencia para reforzar sus afirmaciones. Pero, en verdad, a él nada le importa la ciencia”.

“El sabio de hoy gasta su vida observando un solo hecho, o tres a lo sumo, para concluir que el sabio de ayer no tenía razón al atribuir tal causa a ese hecho”.

“Indudablemente que la ciencia está inerme ante el Santón. Moriremos de rodillas como Montaigne...” (“Viaje a Pie”).

No, Fernando. Tú no moriste de rodillas. Viviste de rodillas, afirmarías yo, si me atreviera. Si no me dijeran tendenciosa... Oye, o mejor dicho, lee lo que escribiste en aquella misma época, cuando te llamaban reaccionario, materialista, blasfemo:

“Ante el cadáver tenemos miedo de estar solos. Mientras más viejos somos, más temerosos. El niño no tiene miedo porque el racimo humano a que pertenece está completo. Las muertes nos hacen sentir la soledad, y ésta es aterradora para este animal sociable. Bien en verdad somos lo fenoménico; somos la cara, los brazos, el tronco y las piernas. Y como vemos que eso envejece, que los tejidos se van atrofiando y los reemplaza el conjuntivo, ese manjar agradable del gusano, que

todo se pudre en una bóveda en perfecta oscuridad y soledad... temblamos de pavor”.

“Jesucristo es el camino; Jesucristo que triunfó de lo fenoménico”.

“¿Quién otro ha vencido a la muerte? Esos pobres campesinos de Galilea no pudieron inventar la resurrección de Jesús y sus conversaciones de resucitado”.

“¿Cuándo arrojaremos de la conciencia la idea nítida de que somos el cuerpo y la pasión, la memoria y el pensamiento? ¿Cuándo pasaremos a otro plano de conciencia en que percibamos el ego como una entidad? Hoy nos parece imposible; somos mucha carne y osamenta”.

“Nada de Siddharth Gautama, ni de Sócrates, ni de Confucio! Jesús fue el primero que venció a la muerte”.

“Nosotros aún sentimos que al morir nos pudriremos... ¡Es que el soplo divino es muy escaso! Pero el día en que logremos percibir que fue natural que Jesucristo resucitara y se fuera para el Padre, El, un yo, cambiaremos nuestro título de ciudadanos del universo por el de ciudadanos de lo inespacial” (“Viaje a Pie”).

Y el día en que viviste eso, Fernando, cambiaste el nombre de tu casa “La Huerta del Alemán” por aquel otro expresivo de “Otra parte”. Dejaste de localizarte aquí y allá, para estar en todas partes por medio de **La Presencia**, en la Intimidad de cada ser.

Y existió el Padre Elías, soñado desde tu juventud, el que deseabas ser, el que querías realizar en un libro para ayudar a su apareamiento en tí.

Y predicaste como te lo pidió Jesús en el camino de Envigado, una noche de Semana Santa:

“Te he llamado desde la niñez. Recuerda que al levantarme la vestidura y al levantársela a este pobre Mussolini (señalaba a Poncio) sentías delicias en el alma: esa era mi voz. Recuerda a Hermana Belén, que te enseñó a leer y a cuyo lado sentías cosas deliciosas: era mi voz; siempre te he llamado. Te creé para que predicaras el gran sermón de la soledad, el viernes santo, y el sermón de la sentencia... No oíste: no quisiste oír. ¿Qué has hecho de mis voces?” (“Revista Antioquia”, N^o 8).

El motivo de sus protestas es la miseria de la humanidad, la pequeñez de sí mismo.

“Todo el pueblo es canalla de Jerusalén: los jueces son todos como Pilatos; los sacerdotes somos todos como los fariseos; sólo Dios es perfecto”. Por eso a cada instante tiene que morir Jesucristo; de ahí la Eucaristía... Oh! Señor, gracias por habernos mostrado que es posible ser algo más que animales bulliciosos e inmundos...! Ahora te seguiremos en el camino del Calvario, para que la emoción de su virtud nos fortalezca poco a poco. Amadísimos: recread a Cristo en vosotros. Es el único camino. La Eucaristía es el camino” (“Revista Antioquia”, N^o 8).

Si esto lo escribe en 1936, ¿por qué extrañarse de sus dos últimos libros?

De Fernando nos separa este tiempo tan próximo a él que estamos viviendo. Esto nos constituye en ciegos frente a su obra, de la

cual más de la mitad sigue sepultada en innumerables libretas que tal vez no lleguen a publicarse.

Fernando González pertenece a Colombia, a las generaciones futuras, con sus sueños de una patria feliz, de un continente auténticamente suramericano. Un país donde todos seamos solidarios. Donde el amor sea vivir que el otro es yo. Todos uno en **La Presencia**. Nosotros sólo somos representaciones, somos gerundios de un **Presente** infinito que es **El**. A través de los viajes pasional, mental, espiritual, podemos realizarlo, despojarnos de este yo cubierto de interminables máscaras superpuestas hasta volvernos **Nada** en el **Todo** del Amor y del Silencio absolutos.

Qué fácil sería entonces vivir que el hambre ajena es nuestra, y calmarla. Qué fácil sentir la soledad en compañía. Pero así esta tierra sería el Paraíso y para alcanzarlo tenemos que **morir**.

En Fernando González no encontramos definiciones particulares de las cosas, ni métodos, ni sistemas, sino pensamientos de todos los días entremezclados a vivencias y sentires tan claros, tan sencillos que hacen dudar a muchos de que allí pueda haber algo importante. Cada párrafo provoca a la meditación, al conocimiento de nosotros mismos. Nos enseña a pensar. Es un filósofo, un teólogo de carne y hueso. En este instante me siento con derecho a hablar de él porque sus libros están en mis manos. Ya no le pertenecen. Son míos. Y de quien quiera leerlos.